



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 26 (2020)

ESPEJOS DE VIRTUD: HÉROES Y HEROÍNAS ENTRE LA ILUSTRACIÓN Y EL ROMANTICISMO

PRESENTACIÓN DE LA SECCIÓN MONOGRÁFICA

«Una sola es la raza de los hombres y de los dioses»
(Píndaro: *Nemea VI*, ca. 465 a. C.).

«Irlanda idolatraba a Kilpatrick; la más tenue sospecha de su vileza hubiera comprometido la rebelión; Nolan propuso un plan que hizo de la ejecución del traidor el instrumento para la emancipación de la patria. Sugirió que el condenado muriera a manos de un asesino desconocido, en circunstancias deliberadamente dramáticas, que se grabaran en la imaginación popular y que apresuraran la rebelión. Kilpatrick juró colaborar en este proyecto, que le daba ocasión de redimirse y que fabricaría su muerte»
(Jorge Luis Borges: «Tema del traidor y del héroe», en *Ficciones*, 1944).

En julio de 2013, tras el arresto de Luis Bárcenas, tesorero del Partido Popular, Esteban González Pons, miembro de dicho partido, declaró: «El PP no es Bárcenas, es Miguel Ángel Blanco» (*El País*, 13/07/2013). De esta controvertida manera, el político alineaba a su formación con uno de sus símbolos, el concejal asesinado por ETA en 1997, considerado por la opinión pública como un mártir de la lucha de la democracia frente al terrorismo, y se desmarcaba de los valores asignados a Bárcenas, acusado de organizar la financiación irregular del partido.

Meses más tarde, en marzo de 2014, fallecería Adolfo Suárez, el presidente que casi cuatro décadas antes había liderado la Transición española para ser pronto arrinconado políticamente; de él escribió Enzensberger en 1989: «España no le ha perdonado hasta el presente. A los ojos de sus antiguos camaradas, él fue un traidor; a los ojos de aquellos para quienes había abierto el camino, fue un oportunista» (*Los héroes de la retirada*, *El País*, 26/12/1989). La muerte de Suárez, producida en un momento en que el sistema estaba siendo cuestionado por la crisis económica y el movimiento 15M, fue aprovechada por los partidos políticos tradicionales y los medios de comunicación para ensalzar los valores del sistema democrático español a través de la heroificación del político. El principal aeropuerto del país, el de Barajas, recibió su nombre, en un homenaje similar

al recibido por Charles de Gaulle, presidente y líder de la resistencia francesa durante la II Guerra Mundial.

Junto a los individuales, podemos hablar de héroes colectivos recientes. Entre marzo y mayo de 2020, el personal sanitario español fue elevado a esa categoría. Mientras la población confinada salía todos los días a los balcones a aplaudirle, la prensa titulaba: «Los héroes llevan bata blanca» (*El Periódico*, 15/03/2020) o «Héroes del coronavirus: la batalla continúa diez días después» (*El País*, 29/03/2020). Pero la realidad es que el colectivo habría cambiado tan noble título por unas condiciones laborales que —tras años de recortes presupuestarios— no les hubiesen puesto en el umbral del martirio («No somos héroes, somos víctimas», *NIUS*, 6/04/2020; «No somos héroes, no queremos ser mártires», *NIUS*, 27/04/2020) y por una sociedad más responsable a la hora de cumplir con las medidas preventivas. Nada más clásico, por otra parte, que el héroe a su pesar.

Esta fiebre por lo heroico no es algo reciente. A lo largo de la historia, diferentes colectivos han coincidido en homenajear a aquellos de sus miembros (recientes y remotos) que reunían los valores o servían a las causas que eran fundamentales para la colectividad. Esos personajes representaban así modelos de comportamiento y elementos de inspiración o cohesión para las sociedades y culturas que los ensalzaban. Tradicionalmente se ha considerado, además, que los laureles son la consecuencia pero también la causa de la hazaña, que el deseo de la gloria espolea al ser humano a servir a su comunidad e incluso a morir por ella. «El amor a la fama: pasión rectora de las mentes más nobles», escribió Alexander Hamilton (*The Federalist Papers*, 72, 1788).

El presente monográfico propone el estudio de los héroes y heroínas alumbrados en Europa y América entre la Ilustración y el Romanticismo, periodo en el que se produciría un cambio de paradigma propio de los nuevos tiempos. Como bien apuntó Michel Vovelle en *La mentalidad revolucionaria*, el ídolo tradicional (el rey, el santo y el noble militar) deja paso a nuevos modelos colectivos, más vinculados a los valores ciudadanos, o a individuos que luchan por nuevas causas como la patria y la libertad; si bien es cierto, y volveremos a ellos en el cierre de esta introducción, que el romanticismo y el liberalismo seguirían alimentando la llama del héroe carismático.

En una u otra vertiente, el número de figuras heroicas ha crecido exponencialmente en los tres últimos siglos. La fragmentación política, intelectual y espiritual propia de la contemporaneidad no haría sino fomentar la proliferación de figuras legitimadoras, constantemente reinventadas en un proceso de apropiación que podía hacer del mismo personaje el referente para posicionamientos opuestos.

Nuestras calles están llenas de estatuas y placas, nuestro imaginario colectivo plagado de personajes referenciales y nuestro día a día marcado por la muerte de figuras a las que se alaba por sus aportaciones ejemplares a nuestro modelo de convivencia. Son individuos a los que se recuerda de manera simbólica, según retratos favorecedores que no tienen por qué coincidir con la biografía real de esa persona, que suele ser reescrita o reinterpretada cuando es heroificada.

Porque el héroe es un constructo cultural, o al menos es así como lo vamos a plantear aquí. Poco nos importa que Las Casas fuese encomendero y que Washington tuviese esclavos, damos por bueno el proverbio francés —reproducido por Cadalso en la LI de sus *Cartas Marruecas*— que «ninguno es héroe con su ayuda de cámara». Como afirmaba Bertrand Russell, el mito es incluso más importante que la realidad (*Historia de la Filosofía Occidental*, 1946). Así, cuando llevamos el debate sobre la leyenda negra a lo bueno o lo malo que era Cortés, estamos mirando al dedo en lugar de al cielo. A lo que hay que prestar atención es a la intencionalidad política de quienes intentan hacer un retrato del extremeño que siente bien a una u otra causa actual.

Pero esta certeza en relación al héroe «manufacturado», lejos de sembrar el escepticismo, saca al tema de estudio de lo anecdótico y lo hace fascinante. Al ser un reflejo de la sociedad que lo ensalza, el tipo heroico resulta estar realmente vivo, y ese dinamismo, esa capacidad de evolucionar con su entorno hace de él un objeto de estudio inmejorable para acercarse a la cultura política, la mentalidad y los intereses de individuos, colectivos e instituciones.

Se trata por tanto de un tema de estudio que conecta a presente y pasado, que nos demuestra que compartimos anhelos con nuestros ancestros (como argumenta Simon Critchley en *La tragedia, los griegos y nosotros*, 2020) e incluso apela a un subconsciente universal (según *El héroe de las mil caras* de Joseph Campbell, 1949).

Gracias a la oportunidad brindada por *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, se congrega aquí un conjunto de estudios interdisciplinares en los que se analiza el fenómeno del héroe desde la Historia, la Historia del Arte y la Literatura; una perspectiva cultural que prima los discursos y las mentalidades frente a las tradicionales aproximaciones biográficas.

Los autores y autoras de este monográfico (a los que agradecemos su trabajo y su interés en la convocatoria abierta) afrontaron el reto ofreciendo un amplio repertorio de aproximaciones al tema del heroísmo en el ámbito hispánico (a uno y otro lado del Atlántico) y el europeo.

Desde la teoría literaria y la cultura política respectivamente, los trabajos de Claudia García Mingüllán y Antonio Calvo estudian la reformulación ilustrada del héroe. En un siglo como el XVIII, que fomentó la sensibilidad en el ámbito privado y exaltó al bien común en la esfera pública, los espejos de virtud fueron permeables a esos cambios. El héroe ilustrado dialoga con los modelos de masculinidad y feminidad propios de la época (racionales, responsables, sensibles, desapasionados...) que, como sabemos, pagaban un alto peaje a las necesidades del reformismo ilustrado, tan profundamente intervencionista en el ámbito cultural. Tanto la literatura como la propaganda política readaptan un panteón en el que los valores cívicos y patrióticos hacen ya una muy dura competencia al guerrero y al santo.

La expansión del escenario heroico en el XVIII y el XIX dio lugar a la exaltación de figuras impensables durante buena parte del Antiguo Régimen. Si en el XVIII los elogios académicos incluyen ya a profesionales liberales como los médicos, en el XIX el espectro llega incluso a un gremio hasta entonces poco honorable como era el de los actores, sobre los que este volumen aporta un par de ejemplos. Guadalupe Soria nos habla de Andrés Prieto, envuelto en numerosas representaciones de obras de temática heroica liberal, con cuyos protagonistas se acabó consustanciando al ser él mismo un quijotesco miliciano en armas contra la tiranía. En cambio, Cristina Pina nos habla de un ensalzamiento póstumo, el de Isidoro Máiquez, actor español que vivió a caballo entre el Antiguo Régimen y la nueva sociedad burguesa surgida tras la Revolución Francesa y fue convertido en un símbolo de la lucha por la libertad enarbolado hasta el primer tercio del siglo XX, dentro de una narrativa que se recrea en la persecución que padeció para acentuar aún más su patriotismo y relega a un segundo plano su prolífica actividad en escena.

Además de la creación de nuevos héroes, la experiencia liberal supuso la reinterpretación de los heredados, demostrando una vez más la versatilidad del héroe como modelo de comportamiento individual y colectivo. Esa recepción dúctil puede comprobarse en el trabajo que César Fornis dedica a Esparta. La polis griega, sublimada como encarnación de valores como el coraje, patriotismo, servicio a la comunidad, estabilidad constitucional y austeridad, y por ello legitimada por el saber ilustrado del XVIII, será, sin embargo, rechazada como modelo de comportamiento colectivo a partir de la primera mitad del

siglo XIX tanto por la naturaleza oligárquica de su régimen político como por su áspera vida cultural y económica. Esta crítica a la polis, admirada en tiempos de la Revolución Francesa, fue desplegada no casualmente por autores ingleses y no tenía otro fin sino la exaltación de su adversaria, Atenas, de la que se rescatan unos valores que conectaban mejor con la realidad del imperio británico.

Hemos hablado hasta ahora de héroes, pero el retrato estaría incompleto si no dejase un espacio para las heroínas. Este monográfico nos acerca a la resignificación de dos figuras tradicionales, una antigua y otra medieval, en tiempos liberales. Carmen Yebra se adentra en las distintas interpretaciones que la bíblica Judit tuvo en el siglo XIX. La heroína ofrece el modelo de comportamiento adecuado para la mujer de la época, y, por ello, se resaltan las virtudes propias de una buena cristiana, como la humildad, el fervor religioso y la obediencia a Dios. Pero, de nuevo, comprobamos la adaptación de los héroes a las distintas demandas de la sociedad que los recrea en el retrato de una Judit, convertida en *femme fatale* y objeto de sátiras en la dramaturgia decimonónica recogiendo así el rechazo a una mujer que contraviene los ideales sociales del momento, al asumir roles masculinos y espacios reservados al varón. El trabajo de Pedro Martínez Plaza hace un seguimiento de la adaptación progresiva de la imagen de María de Molina a las necesidades políticas puntuales a lo largo del siglo XIX, comenzando por los intentos de legitimar, como madre amantísima, a una regente en problemas como María Cristina de Borbón.

El héroe civil, surgido durante la Ilustración, y el modelo colectivo, auspiciado por el liberalismo más progresista, seguirían conviviendo con el individualista héroe político y militar, auspiciado por el Romanticismo y por esa casi tautología que es el liberalismo doctrinario. Si los griegos clásicos iniciaron el proceso, llevándolos de lo divino a lo humano, de lo bélico a lo cívico, y de la admiración al escepticismo filosófico (véase *La deriva de los héroes*, de Carlos García Gual), nuestra sociedad (supuestamente más igualitaria y menos crédula que las de siglos atrás) no ha sido capaz de democratizar el heroísmo, e incluso prescindir de él.

Dos artículos del presente dossier se ocupan de la figura de Napoleón. El primero de ellos, firmado por Ainoa Chinchilla estudia los primeros pasos de la leyenda bonapartista, cultivada en vida por el propio interesado. Desde el momento en el que los revolucionarios tienen que coger las armas, los referentes bélicos vuelven con fuerza al panorama político francés, pero lo harán adaptándose al nuevo paradigma. El *favori de la victoire* es, además, salvador de la patria y preclaro estadista. Por su parte, el trabajo de José María Ferri demuestra el dinamismo de las figuras heroicas. Nadie podía prever durante la Guerra de la Independencia que Napoleón, el hombre más odiado por la propaganda patriótica, iba a ser, pocas décadas más tarde, ensalzado por los románticos, no solo por el atractivo estético del águila caída, sino por la representación de unos valores políticos que hibridaban el Antiguo y el Nuevo Régimen.

Por el contrario, en un nuevo ejemplo del dinamismo, ya no solo de los modelos heroicos, sino de la concepción de los héroes específicos, la figura de Fernando VII seguiría el camino opuesto. El antaño *Deseado* de los liberales se acabó convirtiendo en el *rey felón*. A través de unas memorias publicadas en el exilio a inicios de la década ominosa, David Loyola estudia la transformación del héroe en antihéroe y las incongruencias narrativas que ello conlleva. Se acercaba el momento en el que el imaginario liberal reescribiría la historia europea para imponer una narrativa de prohombres y villanos en la que Fernando VII solo podía caer del lado de los segundos.

Esa relectura liberal de la historia se aprecia con claridad en los estudios de Daniela Paolini y Pablo Ortega-del-Cerro. El primero nos habla de cómo Manuel Moreno revisó (e incluso traicionó) la memoria de su hermano Mariano para convertir al que había sido

un revolucionario jacobino en un moderado equiparable a Burke, aceptable a los ojos británicos. El segundo artículo pone sus ojos en una *Galería biográfica de los generales de marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación* publicada durante la Restauración española. Más que retratar a esos marinos del pasado, lo que pretendía el autor de la obra (Francisco de Paula Pavía) era prestar al cuerpo un servicio en el presente al hacer de sus miembros un elenco de las más nobles virtudes, además de dignificar a un colectivo cuyos orígenes profesionales y patrióticos pretendió enraizar en las reformas borbónicas.

A modo de conclusión, y para dejar paso ya a los artículos mencionados, podemos apuntar que la experiencia de los siglos xix y xx demuestra que el culto a los grandes héroes estaba lejos de extinguirse. Autores como Thomas Carlyle enarbolaron una fascinación por los héroes carismáticos que ha demostrado tener más recorrido que el escepticismo de Voltaire o Max Weber. Quizás tengamos que aceptar con Rousseau que el ser humano necesita a referentes heroicos (y antiheroicos) que personifiquen y humanicen las causas. Incluso una causa tan evidente como la protección del medio ambiente ha necesitado una figura referencial como Greta Thunberg (a la vez, antiheroína de los escépticos del cambio climático) para movilizar a la población.

Actualmente, estamos viviendo una interesante tensión social relacionada con los personajes históricos homenajeados en el espacio público. Ese combate por lo que Pierre Nora ha bautizado como «lugares de la memoria» se escenifica en la polémica española sobre las referencias al franquismo o en la reciente ola iconoclasta que ha puesto en jaque a las estatuas de Colón en Estados Unidos. La opinión pública ha tomado conciencia del valor que esas figuras tienen, pero no parece ser capaz de llegar a un consenso sobre las figuras inspiradoras (ni la interpretación de las mismas) con las que quieren adornar tanto su espacio urbano como su mentalidad colectiva.

No es menos cierto que la posmodernidad ha traído aparejado un cierto escepticismo —derivado del declinar de las ideologías y de las grandes causas— a la hora de erigir nuevos héroes entre nuestros coetáneos. Más que democratizarse, el héroe ha seguido dos caminos: el primero, el de la banalización, que vemos a diario en las noticias («En California, bomberos se convirtieron en héroes tras haber salvado un gatito», *TV Azteca-Noticias*, 17/05/2019), en la venganza diaria de un capitalismo que vende *merchandising* del Che Guevara y en las películas de superhéroes; el segundo, el de la obscenidad teatral propia de los regímenes totalitarios o populistas, en los que se impone sin tapujos el pensamiento único; el tercero, el de la mencionada falta de consenso (y de capacidad para alcanzarlo) en las sociedades democráticas, que parece ser incompatible con la existencia de un héroe colectivo.

En el mundo occidental actual, impera, sobre el culto al héroe, un fenómeno, el de la celebridad, surgido precisamente, según los estudios de Antoine Lilti, entre la Ilustración y el Romanticismo. No es este el sitio para reflexionar sobre lo que implica que una sociedad admire a tronistas y futbolistas pero ignore absolutamente a sus intelectuales. Digamos tan solo que si los héroes y las celebridades son un reflejo de la sociedad que los ensalza, no se puede negar que cada una tiene los que se merece.

Antonio CALVO MATORANA
y Clelia MARTÍNEZ MAZA